

Sammy Davis Jr. Frank Sinatra y otras criaturas de la noche

Estuve veinte minutos para que el nudo de la corbata de diez dólares que me había comprado aquella tarde en Saks de la Quinta Avenida quedara perfecto.

Mi padre me preguntó:

—¿Qué haces esta noche?

—No gran cosa —dije como si nada—. Vamos al Copa a ver a Frank Sinatra.

Se le arrugó la frente.

—Escucha, Poppa...

—Papá, no pasa nada. Voy con Buddy Rich, que está siempre en la onda, ¿vale? Si me ha invitado es porque no hay problema.

Aunque el metro para el centro estaba medio vacío, me quedé de pie todo el trayecto para que no se me arrugase el traje. Por encima del chirriar de las ruedas, en el recuerdo me oía silbar junto a mi padre mientras íbamos caminando al centro desde Harlem; silbábamos para no pelarnos de frío en el portal del número 15 de la calle 16 Este, desde donde mirábamos la entrada del Copacabana, al otro lado de la calle, y no perdíamos detalle de todos los que llegaban. Veíamos cómo el portero abría la puerta de las limusinas y los taxis, se descubría para saludar y mantenía la puerta del local abierta hasta que los recién llegados desaparecían por ella entre risas, guapos y ricos, para ver a Joe E. Lewis, Tony Martin, Jimmy Durante, Martin y Lewis... a los mejores artistas del momento. Ahí es donde tocaban, en el Copa. Esperábamos dos horas, hasta que la gente se iba, sólo para ver con qué cara salían después del espectáculo, y con suerte echar un ojo a alguna de las estrellas.

Estaba en frente de la entrada del Copa a las once menos cuarto. Buddy y sus amigos llegaron en un taxi. Cuando estábamos a punto de entrar, el portero nos detuvo.

—Hace falta reserva —corrió para atajarnos el paso—. Eh, ¿no me han oído?

—Me llamo Buddy Rich, he hecho una reserva.

El portero sacudió la cabeza.

—Será mejor que esperen aquí mientras voy a comprobarlo.

Regresó al cabo de pocos minutos.

—Disculpe, pero no consta ninguna reserva a su nombre —me dirigió una mirada elocuente, antes de volverse de nuevo a Buddy—. Tal vez si dan una vuelta y vuelven dentro de un rato habrán podido encontrarla.

Buddy había levantado el puño.

—¿Me está diciendo que si volvemos sin mi amigo tendremos una mesa? Porque si eso es lo que me está diciendo quiero oírlo.

El portero se ruborizó.

—Yo no he dicho eso. Mire, oiga, no armen lío...

Tiré de Buddy:

—Venga, vamos —fuimos caminando calle arriba. No podía mirarle a la cara—. Oye, esto es ridículo. Entrad vosotros, ¿vale? No tenéis por qué perderos la actuación de Frank.

—Como vuelvas a decir eso te doy una paliza.

Al llegar a la esquina, miré atrás para ver el toldo donde se leía “Copacabana”. Sentí la palmada de Buddy en el hombro:

—Algún día bailarás encima de las mesas de ese local.

Mi padre me esperaba levantado en la cocina.

—¿Cómo ha ido?

—No nos han dejado entrar. Buenas noches, papá.

Me fui a mi cuarto y empecé a desvestirme. Hacía calor, pero aun así cerré la ventana para que no entrara la peste de la basura que la gente tiraba y que se acumulaba en el patio. Le oí entrar a mi habitación.

—Mira, Poppa, nunca nos han querido en su territorio y nunca nos querrán, y me destroza ver que tú mismo te haces daño por algo que a estas alturas ya deberías saber.

—¿Aún no hay noticias de Will?

—Sí, vamos a tocar en el Flamingo de Las Vegas. Will firmó el contrato porque subieron a 750 dólares más gastos de transporte. Ya sé que te da

rabia tener que pasar una temporada en el oeste, pero no podemos permitirnos rechazar tanto dinero.

—Papá, tocaría en la mansión del gobernador de Alabama si eso nos llevara a algún sitio más deprisa. Cualquiera cosa con tal de cambiar este tipo de vida. ¡Tengo que salir de esto! ¡Tengo que hacerlo!

Me miraba la mano, la corbata que yo apretaba en el puño cerrado, hecha un ovillo. Sacudió la cabeza despacio, con pesar:

—Sammy, no saldrás de esto hasta que te mueras.

Buddy dijo:

—Anoche hablé con Frank. Me dijo que le llamaras —levanté la vista de mi café. Él asintió—. Por supuesto que se lo conté —señaló la cabina de teléfono—. Eldorado, 5-3100.

—Vente al club esta noche, Charley. Te he hecho una reserva, así que vas y entras tú solo.

—Oye, Frank, prefiero no hacerlo. Te agradezco...

—No hay nada que discutir. Tan sólo ven esta noche —luego suavizó el tono de voz—. Cuando algo va mal, no irá bien hasta que lo arregles. Ya sé que es un mal trago, Charley, pero tienes que hacerlo.

Buddy me explicó que Frank se había enfrentado con el *maitre*:

—Le dijo: “Mantén libre esa puta mesa para él, aunque no aparezca nunca”.

Caminé despacio hacia el Copa. Aunque todo vaya bien, aunque entre y consiga una mesa... entrar por la fuerza donde no eres bien recibido todavía es más humillante que el hecho de que no te dejen entrar. Sin embargo, nunca podría volver a mirar a Frank a la cara si me echaba atrás. Estaba pasando un bache y necesitaba al Copacabana más de lo que ellos le necesitaban a él. Y a pesar de ello había dado la cara por mí.

Subí los tres escalones de la entrada. El portero se quedó en la acera, observándome. Abrí la puerta y entré preparado para encararme a un montón de gente, pero me encontré solo en un vestíbulo. Me detuve un instante, y luego empujé la siguiente puerta. Había gente tomando algo en una barra a mi derecha. A mi izquierda sólo podía ver un espejo, de manera que caminé en la dirección opuesta. Un camarero lucía una sonrisa excesiva:

—Buenas noches, señor. ¿Desea tomar una copa en el bar?

—No, gracias. He hecho una reserva para el espectáculo.

—El espectáculo es abajo, señor —sonrió con indulgencia, señalando hacia la izquierda.

Dos grupos de gente bajaban la escalera delante de mí. El *maitre* les preguntaba sus nombres, los tachaba de la lista y les enviaba a sus respectivas mesas. Di un paso adelante, pero antes de poder pronunciar mi nombre, aquel tipo chasqueó los dedos y apareció un camarero, el cual se limitó a decirme “Por aquí, señor”. Me condujo hasta una mesa. Estaba tan atrás que podía ver mejor lo que sucedía en la cocina que lo que pasaba en el escenario.

Miradas provenientes de todos y cada uno de los rincones de la sala se me clavaban en la piel. Di un sorbo a la Coca-Cola que había pedido. Encendí un cigarrillo y aspiré una calada larga mientras sujetaba la boquilla con la punta de los dedos, en un intento por imitar todos los ademanes sofisticados de Cary Grant que acababa de ver en *Mr. Lucky*. Dos tipos cruzaban la sala y se dirigían directamente hacia mí. Me tendieron la mano:

—¿Sam? Somos amigos de Frank. Dijo que no te importaría que nos sentáramos contigo.

Frank había querido que entrase solo, sin el apoyo de nadie, pero les había enviado a sentarse conmigo para que no me sintiera aislado.

Cuando subimos a su camerino, Frank me dio una palmada en el hombro.

—Lo has hecho muy bien, Charley.

El vagón del metro daba bandazos de un lado a otro y yo me balanceaba al compás. Que yo recordara, era la primera vez que disfrutaba de aquel viaje de vuelta a casa, y me dejé arropar por la tranquilidad y el anonimato de su vulgaridad. Por lo general, me limitaba a ver el lado sórdido de Harlem y me indignaba estar condenado a ser un segundón en todo; sin embargo, ahora apreciaba la paz que eso ofrecía. Sabía que era un error pensar así, e intentaba escapar a esa idea. *He estado en el Copa*. No paré de repetirme esa frase hasta que la oí repetida en el chirriar de las ruedas: “He estado en el Copa... en el Copa... en el Copa...”; aun así, no pude evitar sentirme como si me hubiera comprado un flamante Cadillac descapotable... por cien mil dólares.

En el desayuno encendí un cigarrillo y dejé caer la caja de cerillas del Copacabana en la mesa. Mi padre la agarró al instante.

—Eh, ¿de dónde has sacado esto? ¿Estuviste dentro?

Asentí.

—¡Diantre! —empezó a reírse, atolondrado— Vaya, ¿y cómo es?

—Increíble. Bajas las escaleras y un tío con chaqueta negra está esperando con la lista de las reservas. Te envía a un tipo con chaqueta roja que te conduce hasta la mesa. Entonces, un tío con chaqueta azul apunta lo que quieres tomar y un camarero con chaqueta blanca te lo sirve. Y cuando acabas, pasa una chaqueta granate que recoge los platos...

No se perdía ni un detalle de lo que le estaba contando.

En Las Vegas, durante veinte minutos dos veces por noche, nuestra piel no tenía color. Después, en el instante en que bajábamos del escenario, volvíamos a ser negros. Actué todas las noches, y cada noche echaba el resto por el público. Nos hacían más caso y nos mostraban más respeto que nunca antes, y después de cada actuación yo estaba tan eufórico por la buena acogida que nos dispensaban que esperaba que uno de los dueños dijera: “Habéis estado geniales. Al diablo con las normas, venid a tomar una copa y divertíos”. Eso nunca ocurrió. Los otros artistas podían jugar o tomar algo en el salón, pero nosotros teníamos que irnos por la cocina, por donde sacaban la basura. Me moría de ganas por echar un vistazo al casino, sólo para ver cómo era, pero no iba a permitir que nadie me sorprendiera con la nariz pegada a la ventana de la tienda de caramelos. Aun así, no podía evitar imaginar cómo sería parecerle aceptable a los demás, poder entrar en cualquier casino de la ciudad. No se me iba de la cabeza la calidez que había visto en las caras de la gente para la que habíamos tocado aquella noche. ¿Cómo era posible que les gustase encima del escenario y después pasara esto?

En sus horas libres, mi padre andaba por los bares del Westside y en El Morocco hacía apuestas de medio dólar y jugaba al blackjack. A mí me hubiera encantado formar parte de toda aquella diversión y camaradería del mundo del espectáculo, pero no soportaba que me dijeran que aquél era el único sitio donde podía estar. De manera que me iba a mi habitación y trataba de ignorar la provocadora luz del club de strip-tease, hasta que al fin el resplandor irresistible me atraía hasta la ventana. Sólo eran las tres de la madrugada, que era como mediodía en Las Vegas. Me sentía tan

despierto como el resto de la ciudad, que bullía de entusiasmo. Me imaginaba a mí mismo en medio de todo el alboroto, entre música, alegría, montones de dinero en las mesas, mujeres con bellos vestidos y diamantes, apostando fortunas y sin parar de reír.

Requería un gran esfuerzo físico apartar la vista de la ventana. Me arrancaba todas aquellas ideas de la cabeza y no dejaba de repetirme: “Algún día...”. Escuchaba discos y leía hasta que me sentía lo suficientemente cansado para dormir, siempre preguntándome cuándo llegaría ese día.

Nos habían contratado para actuar en *Ciro's*, Hollywood. El cartel de la entrada decía “JANIS PAIGE” y debajo, con letra más pequeña, “The Will Mastin Trio”.

No hay noche en la que unos teloneros estrenen espectáculo en cualquier sitio y no piensen: “Hoy es nuestra noche. Esta vez conquistaremos ese escenario y el público no nos dejará marchar. Se pondrán de pie a aplaudir y no habrá actuación que pueda seguir después de la nuestra. Entonces, mañana por la noche, *nosotros* seremos la atracción estrella, las primeras figuras, y cerraremos el show”. Es algo que sólo sucede en uno de cada diez mil estrenos, a un único artista entre miles... Y nos tocó a nosotros.

Era la noche de la ceremonia de entrega de los Oscars, iba a haber un único show a medianoche, y los famosos de Hollywood habían acudido en pleno para ver a Janis Paige. La banda tocó las primeras notas de *Dancing shoes*. Mi padre y Will pasaron a nuestro número de apertura. Ocho compases después, me uní a ellos y fue como si anduviéramos descalzos por la arena caliente: los pies estaban sobre el escenario tanto como en el aire. Habíamos empezado seguramente más rápido de lo que aquella gente hubiera visto jamás en ninguna actuación, y fuimos a más, esforzándonos como nunca antes. Acabamos el primer número y, sin esperar a paladear los aplausos, seguimos tocando y bailando, primero Will, después mi padre y luego yo. Nuestro frenesí de movimiento alcanzó al público desde que empezamos, y pronto pareció que se quedaban sin aliento al tratar de seguirnos el ritmo. Cuando mi padre y Will acabaron sus números y se retiraron a un segundo plano hubo una gran ovación. Cogí el micro e hice de Sinatra, y todos se pusieron a gritar. Así que seguí con el repertorio de cantantes: Billy Eckstine, Mel Tormé, Nat King Cole, Vaughn Monroe, los

Ink Spots, Frankie Laine... Para cuando terminé con Satchmo, aporreaban las mesas tan fuerte que hacían saltar la cubertería. Entonces pasé a las estrellas de cine: Bogart, Cagney, Garfield, Edward G. Robinson, Lionel Barrymore, George Sanders, James Mason, Ronald Colman... De repente, advertí que toda la sala se centraba en mí. De un instante al otro, habían pasado a prestarme toda su atención. Reaccionaban ante cualquier cosa, atentos, captaban cualquier inflexión de mi voz, todos los guiños y gestos. Les emocioné. Fue el mayor momento de gloria que he conocido. Juro que aquella noche el público se emocionó conmigo.

Empezamos de nuevo con nuestros bailes, sin dejar que se nos anticiparan o que se aburrieran en ningún momento, dando giros imprevistos y cambiando el ritmo. Cuando acabamos, al cabo de cuarenta minutos, el público no quería dejarnos marchar. Era como si supieran que nos estaba sucediendo algo grande y quisieran formar parte de ello. Seguían aplaudiendo y comenzaron a aporrear las mesas con los puños, con cuchillos y tenedores, pidiendo a gritos que volviéramos a salir. Nos habían ordenado no salir a saludar más de dos veces, era una cláusula del contrato de Janis Paige. Mi padre y Will estaban a la expectativa, indecisos. Les miré y les dije:

—Al diablo con ese contrato. ¡No voy a perderme esto por *nadie*!

Salimos dos veces más. Seguían pidiendo un bis a gritos. Yo ya había hecho todas las imitaciones de mi repertorio, pero teníamos que hacer algo, así que, al ver que Jerry Lewis estaba entre el público, y aunque nunca antes lo había ensayado, le imité. Un Jerry Lewis negro fue el no va más. Él soltó un grito. Todo el mundo se puso a gritar. Ahí se acabó todo: cuando oí aquel grito, supe que no podíamos hacer nada más para superar aquel broche de oro.

Janis Paige no pudo siquiera captar la atención del público. Se respiraba un ambiente post-pandemonio tremendo, y ella no era más que una chica que salía a escena a cantar después de que tres hombretones hambrientos acabaran de ofrecer el show de su vida.

Dean Martin y Jerry Lewis nos visitaron en el camerino. Jerry había tomado nota de algunas cosas que podían serme de ayuda. Dean me dijo: “Amigo, vas a llegar muy lejos”. También vino Bogart, y muchas otras estrellas de primer orden a quienes no conocíamos, pero que querían mostrarnos su generosidad. Por desgracia, Frank estaba en Europa.

Esperamos despiertos hasta las ocho, salimos los tres a comprar la prensa de la mañana y volvimos a la habitación de Will. Leí la crítica de Herb Stein en el *Reporter* de Hollywood: “Rara vez ocurre que un artista llegue a la ciudad y se meta a la gente en el bolsillo. Uno de esos raros artistas es Sammy Davis Jr., del Will Mastin Trio, que actuó ayer en *Ciro's*”. Seguí con la columna de Paul Coate en el *Mirror*: “El éxito sorpresa del show vino de la mano del Will Mastin Trio, una combinación padre-tío-hijo que trajeron la mejor actuación que se ha presenciado en Hollywood en varios meses”. Y el *Daily Variety*: “...un desenfrenado grupo de hombres negros que cantan y bailan, cuyo entusiasmo, alegría y evidente amor por el espectáculo se mezclan para lograr un hechizo contagioso que se gana al público con un éxito instantáneo, arrollador...”.

Will leía el *Times* de Los Angeles:

—Escuchad lo que dice Walter Ames: “El Will Mastin Trio, en el que actúa el dinámico Sammy Davis Jr., causa tal sensación que Janis Paige ha renunciado a actuar después de ellos”.

Tan sólo unas semanas antes habíamos estado en Las Vegas, donde sufríamos y nos exasperábamos ante tanto menosprecio. En aquel momento podría haber hecho una lista de todos los colchones infectos en los que habíamos dormido más de diez mil noches; tenía grabadas en la cabeza todas las penas, las frustraciones y las angustias, todas las negativas que nos habían atormentado durante veintitrés años. Nos habían dejado cicatrices profundas, y olvidarlas parecía tan imposible como hacerlas desaparecer. Sin embargo, mientras estábamos en la habitación de Will leyendo aquellas reseñas, la novocaína del éxito ya había empezado a anestesiarnos la memoria, y el pasado se desdibujaba hasta que el ayer dejó de existir.

Abe Lastfogel, director de la agencia William Morris, vino a nuestro camerino y firmamos un contrato para que nos representara. Me invitó a jugar a golf y a comer con él en el Hillcrest Country Club. Yo apenas había tenido tiempo para familiarizarme con ese deporte, pero me gustaba pasear con él por el recorrido del campo. Me llevaba en palmitas, y yo me preguntaba por qué. Si podía estar en compañía de verdaderas estrellas, ¿por qué me tendía la mano y me ayudaba a alcanzar el éxito?

En el restaurante del club me advirtió:

—Ése que está ahí sentado es Jolson. Después de comer iremos y te lo presentaré. Tienes que empezar a conocer a esa gente, porque pronto vas a codearte con ellos.

Allí estaban Groucho Marx, George Burns, Jack Benny y Al Jolson, compartiendo la mesa redonda con Harry Akst, el pianista de Jolson. El señor Lastfogel me los presentó a todos. Jack Benny dijo:

—Le vi actuar la otra noche. Eres estupendo, muchacho. Te tendré en cuenta para hacer algo.

—Gracias, señor Benny— le respondí.

Permanecí en pie junto con Lastfogel mirando a los comensales. Groucho Marx soltó:

—Este chico es el mayor showman que he visto. Y va por ti, Jolson. Hace de todo, y además canta mejor de lo que tú lo hacías...

En el transcurso de las semanas siguientes, el señor Lastfogel me llevó a aquel lugar varias veces y todas ellas fuimos a saludarles. Siempre permanecíamos de pie, puesto que nunca te invitaban a sentarte con ellos. Ni a Abe Lastfogel se lo ofrecían. Nunca decían aquello de “trae para acá una silla”, era algo que ni se les pasaba por la cabeza. Ellos eran los reyes, y los demás se quedaban en pie ante ellos y les rendían homenaje. La situación intimidaba. Gente de negocios, veteranos, nuevas celebridades... todos pululaban alrededor de aquella mesa, pero nadie se sentaba con ellos. No había intrusos. Existía una ley tácita: “Respetar esta norma”. Uno se contentaba con poder aproximarse.